

# Sugerencia o posibilidad de un nuevo humanismo

## I.

**¿E**xiste alguna panacea política, social o cultural a la que remitirse en las postrimerías del siglo XX? ¿Una fe (secularizada o no), un sistema de valores, rasgos de esperanza, criterios de ilusión, como en las edades míticas los pudo haber representado el sueño de la edad de oro y más tarde las religiones monoteístas de premio y salvación, la idea del progreso indefinido, las filosofías positivistas, el fin de la injusticia económica y las desigualdades de clase a través del socialismo o el sometimiento de la naturaleza y las fuerzas vitales mediante el triunfo de la razón, la ciencia y la técnica?

La respuesta no es definida ni lo que se pudiera responder en un alarde de buena voluntad optimista dejaría de ser ambiguo. Porque lo primero que se ha perdido irremisiblemente es la ingenuidad y las oportunidades que concede la falta de experiencia, el absolutismo de los grandes principios, la confianza en soluciones válidas para toda clase de sociedades y circunstancias temporales, inoportuna sospecha directamente relacionada con la adquisición de un vértigo, el vértigo de la complejidad, y de una abominación, la abominable inoperancia del relativismo. Estas dos omnívoras plagas hoy invaden cualquier intento de reflexión y cualquier aspecto de la realidad y constituyen dos de los pocos dogmas a los que por principio no se les puede perder la cara y derivan siempre en el empeño de hallar las leyes simples y manejables que supuestamente subyacen a la complejidad, y en la aspiración de dialectizar positivamente el relativismo.

Lo que no ofrece duda es que la especie humana tiene graves conflictos o sus ideaciones y actividades no suelen corresponderse entre sí. La obviedad de la afirmación se justifica si tenemos en cuenta que para detectar

que la especie tiene conflictos y sufre, es porque al mismo tiempo, equivocada o no, posee la contrapartida ideal o subjetivada de lo que «debería ser», ya que dispone de una determinada noción del placer, de la ética, de la justicia y de lo que significa vivir en paz de acuerdo a ciertas virtudes y normas de conducta y el sueño de la felicidad. Esto se puede entender como un conjunto de «fines». Los fines de concordia, bienestar y resolución de enigmas no son necesariamente reales o realizables, pero son los únicos que por contraste permiten discriminar que con demasiada frecuencia vivimos en el sinsentido, el dolor o la estupidez. Indeseable productividad de base antinómica. Y de matiz también básicamente instintivo y hedonista. Cómo se haya gestado esta creencia o anhelo de que se nos adeudan el placer, el gusto y la verdad absoluta a título de cosa debida y natural, por oposición al dolor, a las desigualdades y al miedo, que se cargan en la cuenta de la desgracia viciosa e inmerecida, es asunto que probablemente se remonta a las estribaciones australopitecas y viene dado ya por el mismo y misterioso instinto de conservación que ha colaborado en la supervivencia y el desarrollo biológico y cultural.

Los fines y proyectos individuales —ilusorios o no—, inscritos en las células, que de comer y copular se van complicando a medida que en la evolución biológica interfieren el medio ambiente y la cultura, trascienden al individuo, alcanzan la sociedad y crean los mitos, las religiones, el arte, los programas políticos, la sabiduría filosófica y el conocimiento científico y técnico, que es el triunfo aparente de la autonomía humana como especie y cuyo descubrimiento —e invención— de la racionalidad le permite calar hondo en el comportamiento de las leyes del universo y doblegar las hostilidades de la naturaleza, organizando en torno a sus determinaciones, azares y necesidades, concretas pautas de actuación siempre presididas por un afán o individual o de clan autogratificante que se juega entre la búsqueda del placer y la pesadilla de la verdad.

Contemplada a escala global, antropológica y fríamente, la evolución biológica y cultural de la especie humana da a veces motivo para un enorgullecimiento de carácter visceral y cuasi mesiánico, en el arco grandioso de la primitividad todavía simia del *homo habilis* o la del *erectus* y la navegación por la estratosfera, el código genético y la mecánica cuántica.

La evolución ciega o azarosa se convirtió en progreso como sinónimo de perfeccionamiento y meta definida, direccional: una flecha directa al corazón del secreto cosmológico y al sentido de la vida. En los pormenores, costes-beneficios, saldos, recovecos de medios y fines y en la falta de linealidad de los signos rentables, así como en el nunca bien asimilado destino del individuo solo que envejece y muere en relación al valor abstracto de la continuidad de la historia, en otro orden lo suficientemente

experimentada y expoliada ésta como para ofrecer muchas más soluciones de las que ya ha tenido ocasión de ejercitar, surgen subrepticias e insidiosas ofensivas que erosionan las esperanzadas connotaciones del progreso, lo justo para reducirlo a cambio, evolución, desarrollo, en la inteligencia de que lo mismo se desarrolla la máquina de vapor, la técnica de imprimir que una enfermedad mortal.

## II.

La deflagración del «socialismo real» que, con independencia de los bombardeos atómicos de la segunda guerra mundial, los campos de exterminio nazis y el trazado violento de fronteras artificiales (desastre crónico por demás), puede considerarse uno de los mayores acontecimientos de las últimas décadas que ha despejado no se sabe por cuanto tiempo el terreno de la democracia capitalista o burguesa y liberal, que seguidamente se la presenta como la imagen social y políticamente culminada y el «fin de la historia». Su difusor más inmediato, el propio Francis Fukuyama, se encarga de desvelar los orígenes de esta propuesta, que se hallan en Hegel y Kojève. Las revoluciones francesa y americana y la instauración de la democracia liberal, prevaleciente sobre la monarquía hereditaria, el fascismo y el comunismo, constituye el «punto final de la evolución ideológica», la forma perfeccionada e inalterable de gobierno y el fin de la historia. No es que se terminen los acontecimientos. Lo que se «termina» es la historia entendida como un proceso único, coherente y direccional. Y se termina a modo de culminación e irrefutable broche.

Preciso es aclarar, y se trata de uno de los defectos de la cultura de masas, que la reinterpretación de Hegel y Kojève que Fukuyama lleva a cabo, se ha trivializado un tanto a cargo de los automatizados comentaristas de prensa diarios y en el sentido de otorgarle a Fukuyama toda la responsabilidad y originalidad del aserto, cuando realmente sus aseveraciones corresponden a una larga y significativa tradición de la filosofía política europea occidental que él aplica en particular a la democracia anglonorteamericana mediante un laborioso y brillante despliegue erudito y sobrada información sobre el contencioso político del resto de los países. La introducción de su libro *El fin de la historia y el último hombre*, que sobrenada en una compleja trama, es explícita. Fukuyama no quiere decir que las democracias estables modernas no contengan injusticias o serios problemas sociales, pero se deben a «una aplicación incompleta de los principios gemelos de libertad e igualdad, en los que se funda la democracia moderna», y no en un fallo de los principios mismos. Afirma que el ideal de la democracia liberal es inmejorable.

Desde luego da confianza lo inmutable del principio ideal, que permitiría no el fin de la historia, más bien el «descanso» de la historia, pero tras los principios ideales o al socaire de éstos, la fuerza de los hechos y el impudor de la realidad son de tales dimensiones que como la muy famosa y cierta «neutralidad» del cuchillo o la energía atómica para la paz, hay motivos sobrados para sospechar que la historia no tiene fin, no tiene fines (salvo las ilusiones que se quiera forjar) ni tampoco descansa o, en cualquier caso, los por ahora tensos y persistentes conflictos de raza, pobreza, religión, trabajo, enfermedad, ecología, droga, armas, demografía, lucha de clases, de sexos, de criterios, de corrupciones, de influencias ilegales, de mentira, de teoría y práctica, de burocracia, de equívocos propagandísticos, la permanencia del asesinato, la familiaridad de la violencia, la moral pragmática, el primitivismo de la competitividad, la oscura lentitud de la justicia, las infinitas oportunidades de transgresión en los contratos sociales y las leyes consensuadas, el abandono de la vejez, la siniestralidad por negligencia y, para no cansar, las orgías del lujo en la civilización del consumo/desperdicio sobre el desempleo coyuntural y estructural, el deficiente reparto de la renta y la desdichada e imprescindible proliferación de asociaciones caritativas, crimen organizado, sectas alienantes, ultraizquierdistas extraviados, grupos de presión, esquizofrénicos que degüellan a su querida familia, y terroristas, suicidas, violadores, pirómanos, chantajistas, prevaricadores, proxenetas, mercenarios, mafiosos, sin olvidar los espantosos genocidios de guerras modernas en el exquisito y refinado corazón de Europa, con música de Mozart, todo ese cúmulo heterogéneo de cosas malas sucede bajo las dictaduras y también bajo las democracias, hoy y ayer, sin perjuicio de que las dictaduras sean demenciales y anacrónicas y las democracias ciertamente no fracasen en sus principios aunque estén pletóricas de ladrones, negros apaleados y traficantes legales de armas.

La consecuencia inmediata es que no basta invocar la excelencia de un régimen político evolucionado, aunque represente el final inmejorable de las ideologías, para que la satisfacción desborde nuestros cansados corazones, ni pueda asumir lo manifiesta o sutilmente mejorable de algo tan difuso y omnipresente como es la condición humana, sus inconsecuencias y relatividades, condición que igual admite el calificativo de excelsa que de mísera y que no suele ser tenida en cuenta como susceptible de experimentar cambios a la hora de programarla políticamente y decretar sus felicidades.

### III.

¿Cómo se puede incluir la posibilidad de un nuevo humanismo en este panorama? El término no es riguroso, pero la división convencional de la